

Enrique Krauze

CARA AL SIGLO

Una lectura de *Tiempo nublado*

Pasado en claro

Cerca de cumplir los setenta años, Octavio Paz publica su primer libro de política internacional. Aunque su obra ensayística y aún su poesía son hasta cierto punto inseparables de las tensiones del Siglo XX, nunca antes se había propuesto reunir y ordenar sus reflexiones sobre bloques, sistemas y países, trazar en una sola visión la geografía de sus pasiones políticas e ideológicas. Decidió hacerlo en un tiempo nublado.

¿Por qué no antes? Hubo quizá momentos de mayor intensidad, tiempos de claridad y tormenta; pero para Paz —y para el siglo— eran todavía tiempos de ensayo y esperanza, no de sedimentación y balance. Al concluir en Occidente la festiva década de los sesenta, luego de un largo peregrinar de casi treinta años, Paz regresa definitivamente a México y en ese momento emprende un nuevo viaje, esta vez interior, en busca no del tiempo perdido sino de un juicio moral sobre el tiempo vivido: el suyo, el de su generación y su época. Después de mil jornadas se detiene a poner el pasado en claro. El título de su más reciente libro de poemas —el mismo de la revista que dirige desde 1976— es una clave biográfica: *Vuelta*. Y aunque su tema parezca impersonal, *Tiempo nublado** debe verse también como una estación más en un proceso que le llevará años y que culminará, tal vez, en una autobiografía.

Tres experiencias fundamentales en la vida de Paz confluyen en *Tiempo nublado*: su compleja relación con la izquierda, una cierta perplejidad frente al imperio norteamericano, y sus años en Oriente. La primera, la más antigua, parte de una fe común en los años treinta: la fe en el fracaso histórico del capitalismo y el simétrico ascenso del socialismo. Como muchos amigos suyos de la Escuela Nacional Preparatoria —José Revueltas, Efraín Huerta, José Alvarado entre muchos otros— Paz se acercó inicialmente al marxismo con un propósito no académico sino casi religioso. Más que creer puntualmente en la doctrina o la explicación materialista de la historia, Paz vivió el marxismo de un modo similar al de los estudiantes del 68: como una profecía —y, por momentos, una poesía— de liberación. Literatura y política entreveradas, confundidas. Aquella generación de muchachos nacidos durante la Revolución Mexicana no soñaba sólo con repetir el destino de sus padres y abuelos sino con rebasarlo inscribiendo su lucha en el camino de la revolución verdadera y definitiva: la bolchevique. Con un entusiasmo mesiánico, entre lecturas de Andreiev y Dosto-

ievsky, "pasaron de la visión a la subversión y de ésta a la política e inventaron "sinos de relámpago, cara al siglo y sus camarillas". Algunos los tuvieron. Desde la trinchera literaria y, por momentos, no muy lejos de la otra, participaron, con distinta suerte, en casi todos los movimientos progresistas de la época: la República y la Guerra Civil Española, la reforma agraria cardenista, la causa antifascista. En el "Nocturno de San Ildefonso" —otra vuelta a la tuerca de la memoria— Paz invoca a los "espectros amigos" y resume su vocación colectiva en dos líneas:

El bien, quisimos el bien:
enderezar el mundo.

La forma en que la historia desfiguró aquellas intenciones nacidas más de la soberbia que de la bondad desvela, aún ahora, las noches de Paz. Para entender la acritud y, por momentos, la iracundia de su reacción, hay que imaginar la intensidad de su adhesión original a la mística revolucionaria y ponderar las muchas facetas —intelectuales, políticas, morales— de su desencanto. El proceso no fue súbito ni lineal: tardó decenios. Es un tema complejo que Paz ha tocado en su poesía pero cuya historia íntima esperan aún sus lectores. A la primera decepción, ocurrida durante su viaje a España en 1937 (la evidencia de los crímenes comunistas contra el POUM), siguieron año tras año los desencantos: el Pacto Ribentrop-Stalin, el asesinato de Trotsky, la rigidez estética y moral del arte comprometido, las noticias sobre los campos de concentración en la URSS (que Paz denuncia en la Revista *Sur* en 1951) la invasión de Hungría y muchos otros Kronstadt particulares que, sin embargo, no ahogaron en él la esperanza de un socialismo auténtico y posible. Hacia 1968 llegó a pensar que los estudiantes tomarían el papel de los obreros en la construcción de la utopía. A principios de los setenta, ya en México, explora la posibilidad de fundar un partido político, socialista y democrático. Aún ahora se declara socialista (de haber sido español habría votado por el PSOE) pero esto no contradice, e incluso reafirma, su profunda decepción del marxismo-leninismo y los regímenes que, para emplear sus palabras, usurpan el nombre de socialistas.

Bertrand Russel vio con escepticismo desde 1920 la teoría y práctica del bolchevismo. Los intelectuales franceses tardaron mucho más en convencerse de que la URSS no era el reino futuro de la abundancia y la libertad, sino un régimen de opresión sin precedentes en la historia humana. Gravitando siempre más cerca de la cultura francesa que del mundo anglosajón, Paz llegó probablemente a su visión definitiva del régimen soviético después del *Archipiélago Gulag* de Soljenitzin. A partir de entonces ha dedicado

* Octavio Paz: *Tiempo nublado*, Seix Barral, Madrid, 1983. 206 pp.

buena parte de su esfuerzo público a la contraprofecía: denunciar a la URSS, sus satélites y simpatizantes, propagandistas de la nueva fe que, en sus palabras, es rabia filosófica, razón descendida a la tierra en forma de patíbulo, ideología que golpea con la cruz y funda con la sangre, comunión obligatoria a la que adoran millones. En la ideología marxista leninista que fundó la URSS y que con variantes profesa la izquierda en Occidente, Paz no ve únicamente una explicación histórica desmentida por los hechos, una moral de la impunidad y la intolerancia, una política jesuitica y una profecía incumplida. Ve un manto de oscurantismo que amenaza con cubrir el planeta. De allí que el tono y el sentido de sus palabras al tratar estos temas tengan siempre la impregnación, la gravedad de un desencanto religioso. En marzo de 1974, al comentar el libro de Solzenitzin, escribía:

Casi todos los escritores de Occidente y de América Latina... hemos sufrido la seducción del leninismo... nuestras opiniones políticas... no han sido meros errores o fallas en nuestra facultad de juzgar. Han sido un pecado, en el antiguo sentido religioso de la palabra: algo que afecta al ser entero.

Dos años después el tono es de franca, dolorosa confesión:

Enredo circular:

todos hemos sido,
en el Gran Teatro del Inmundo,
jueces, verdugos, víctimas, testigos,
todos
hemos levantado falso testimonio
contra los otros
y contra nosotros mismos.

Y lo más vil: fuimos
el público que aplaude o bofeza en su butaca.
La culpa que no se sabe culpa,
la inocencia,
fue la culpa mayor.

Cada año fue monte de huesos
Conversiones, retractaciones, excomuniones,
reconciliaciones, apostasías, abjuraciones,
zig-zag de las demonolatrías y androlatrías,
los embrujamientos y las desviaciones:
mi historia.

Una segunda experiencia que perfiló la conciencia política de Paz fue su perplejidad, su distancia, su incomodidad frente al imperio norteamericano. Hacia 1943 Paz inició una estadía de algunos años en las entrañas del monstruo, primero en San Francisco, más tarde en Nueva York. Después de haber soñado con la inminencia del socialismo universal —cobijando, además, y sin contradicción, la idea de una grandeza mexicana siempre pospuesta pero latente siempre— Paz descubre al verdadero imperio. Por las calles de San Francisco caminan los "pachucos", gestos arcaicos en un mundo moderno, nómadas de identidad. Su impreciso rostro —pensó Paz— es el nuestro. ¿Cómo descubrir sus auténticos rasgos y cómo salvarlos? ¿Cómo vivir, comerciar o simplemente colindar con una civilización a un tiempo arrogante y ciega, imperiosa y encastillada? ¿Había o hay entre América Latina y los Estados Unidos posibles confluencias, o se trata de un binomio histórico cuyo sentido final es la contradicción, la incomprensión y el conflicto?

La tercera experiencia, el largo tránsito por las laderas del

Este, ocurrió en dos tramos. A principio de los cincuenta —luego de varios años en París— pasa algunos meses en la India, Japón y Hong Kong. Un decenio más tarde, como embajador de México en la India, conoce Indochina, Vietnam, Birmania, Tailandia y, más de cerca, Ceilán, Pakistán y Afganistán. Del Cercano Oriente visita Líbano. Estos viajes —podría pensarse— dejaron una huella profunda en la conciencia poética de Paz, no en sus ideas políticas. Verdad a medias: las querellas ideológicas y los temas políticos que le preocupan son, en general, problemas de Occidente, pero las frágiles utopías que consiente todavía su escepticismo, deben mucho al Oriente.

Tres jornadas que son, al mismo tiempo, tres búsquedas: frente a la izquierda, una incitación a la contricción histórica y una fórmula que concilie justicia y libertad; frente a los Estados Unidos, una afirmación de identidad y un diálogo atento y comprensivo; frente al Oriente —hacia el Oriente— una puerta a la utopía. Tres experiencias superpuestas a otras estructuras aún más profundas: el petrificado fondo mexicano, lava de identidad —la madre española, el abuelo liberal, el padre revolucionario zapatista— y, siempre presente también, la vieja civilización europea: voces de ciudades, de amigos, de libros.

La nueva Roma y sus inquisidores

En la visión de Paz, la nube más ominosa de nuestro tiempo es la URSS. Dedicar varias páginas a discutir su naturaleza histórica, a *nombraarla*. Políticamente —explica Paz— se trata de un despotismo totalitario; en lo económico es un monopolio estatal manipulado por una casta burocrática; en términos sociales impone una rígida estratificación. No muy lejos de las ideas de Alain Besançon y Cornelius Castoriadis, Paz prefiere una definición dual: burocracia ideológica más sociedad militar, ideocracia y estratocracia, convento más cuartel, religión y milicia. De nuevo, como en la Edad Media, la unión militante entre el poder y la idea. Acaso cabría desprender de la lectura de Paz una imagen: la URSS como una de esas "Matrioschkas" de madera policromadas, típicas del arte ruso: muñecas que dentro de sí llevan una muñeca que dentro de sí... el Secretario General —"la Matrioschka" mayor— confisca al aparato que a su vez confisca al Comité Político que confisca al Partido que confisca al Estado que confisca a la minúscula "matrioschka" de la Sociedad Civil.

Esta condición confiscatoria tiene sus inconvenientes. Paz enumera los principales. El más grave, quizá, es el económico. La casta burocrática centralizada bloquea de mil maneras la producción agrícola e industrial; está en continua contradicción con los responsables directos de las fábricas o las granjas y con los sufridos consumidores que hacen cola hasta para hacer cola, y si de explotación se trata:

La inhumanidad de la industria, rasgo presente en todas las sociedades modernas, se acentúa en la URSS porque... la producción no está orientada a satisfacer las necesidades de la población sino la política del Estado. Lo más real, los hombres, está al servicio de una abstracción ideológica.

A las contradicciones económicas y sociales Paz agrega las tensiones nacionales y religiosas dentro de la URSS, cuestiones que, a su juicio, el Estado burocrático ruso no ha logrado resolver: nacionalismos vivos a pesar de las perse-



cusiones y un Islam beligerante que no se detendrá a las puertas de la URSS. Los disidentes no son, desde luego, un riesgo mortal para el régimen, pero su valor simbólico mina día a día la legitimidad del monolito. Con todo, Paz no se hace ilusiones: la presencia rusa en el mundo — más imperial, en sentido estricto, que hegemónica — seguirá creciendo en la misma medida en que se agudicen las contradicciones internas. Se trata, como ha explicado Castoriadis, de una *estratocracia* (stratos = ejército) cuya finalidad natural y última es la guerra. A este proceso de militarización de los intereses nacionales corresponde una política exterior "congruente, perseverante, dúctil e inflexible que combina dos elementos que aparecen en la creación de los grandes imperios: una voluntad nacional y una idea universal".

Rodeando a esta inmensa "matrioska", en sus fronteras y lejos de ellas, aparecen pequeñas copias más o menos fieles de la original. Paz distingue con el mismo acierto y la misma riqueza de información su naturaleza histórica y también las *nombras*: son satélites, no aliados de la URSS, súbditos políticos e ideológicos, pequeños cúmulos que avanzan obedientes tras el inmenso nubarrón ruso. Más decisivos para la suerte de Occidente son los Partidos Comunistas europeos. Aunque Paz admite que el eurocomunismo significó un sesgo político y moral, su veredicto sigue siendo reprobatorio. Para ser verdaderamente democráticos y modernos, y aún para ser efectivos, los partidos comunistas tendrían que ejercer una autocritica de raíz que dejara a un lado no sólo los dogmas marxistas sino incluso los elementos políticos Rousseauianos: la fe en una "voluntad general" que pueda prescindir del voto. Para dejar de ser órdenes religiosos y militares tendrían que redescubrir la tradición libertaria y pluralista y — punto central en Paz — criticar nada menos que al mito mayor: la Revolución.

El fracaso de las revoluciones del Siglo XX ha sido inmenso y está a la vista. Tal vez la edad moderna ha cometido una terrible confusión: quiso hacer de la política una ciencia universal. Sería la llave de la historia, el sésamo que abriría las puertas de la cárcel en que los hombres han vivido desde los orígenes. Ahora sabemos que esa llave no ha abierto ninguna prisión: ha cerrado muchas.

Es el antiguo creyente de la década de los treinta quien finalmente puede confesarse:

Convertir a la política revolucionaria en ciencia universal fue pervertir a la política y a la ciencia, hacer de ambas una caricatura de la religión. Pagamos con sangre el precio de esta confusión.

Hay quienes no se han enterado del precio de la confusión y quienes, aún ahora, derraman sangre por ella. Son los terroristas, especie europea en extinción salvo en Irlanda y el país vasco, donde los móviles apenas tocan la ideología marxista. Hacia 1978, en la versión original del ensayo donde se refiere a ellos, Paz predijo su futuro aislamiento tal como finalmente sucedió en Italia y Alemania. La relación que estableció desde entonces entre la rebelión libertaria del 1968 y el terrorismo de los setenta vale para Europa tanto como para México: muchos rebeldes del 68, reprimidos por la autoridad, terminaron por identificarse con el verdugo: "incapaces de apoderarse del Estado y restablecer el terror ideológico se han instalado en la ideología del terror".

Pero lo que verdaderamente ocupa a Paz no es tanto el mundo socialista ni los efímeros terroristas de horca y cuchillo, sino los de lápiz y papel: los intelectuales de izquierda en Occidente seducidos por la omnisciencia revolucionaria, sobre todo los neoescolásticos latinoamericanos. *Tiempo nublado* es, en buena medida, un libro escrito para (frente, contra) ellos:

Sus abuelos juraban en nombre de Santo Tomás, ellos en el de Marx, pero para unos y otros la razón es un arma al servicio de una verdad con mayúscula. La misión del intelectual es defenderla. Tienen una idea polémica y combatiente de la cultura y del pensamiento: son cruzados. Así se ha perpetuado en nuestras tierras una tradición intelectual poco respetuosa de la opinión ajena, que prefiere las ideas a la realidad y los sistemas intelectuales a la crítica de los sistemas.

Desde las universidades, los diarios, los partidos y, a veces, como en Centroamérica, desde las guerrillas, los nuevos cruzados siguen queriendo "enderezar al mundo" sin la humildad que faltó también a la generación de Paz. En cada país, explica éste, los fieles reunidos en partidos que son iglesias militantes practican la misma política y reproducen, a menudo inconscientemente, la lógica inquisitorial del estado totalitario. Se trata de una nueva moral, una versión laica de la guerra santa cuyas raíces psicológicas exploraron Orwell y Koestler entre otros, y que Paz ve como una experiencia pseudoreligiosa que termina en el silencio y la muerte:

El absoluto logra conquistar la adhesión de muchas conciencias porque satisface la antigua y perpetua sed de totalidad que padecemos todos los hombres. . .

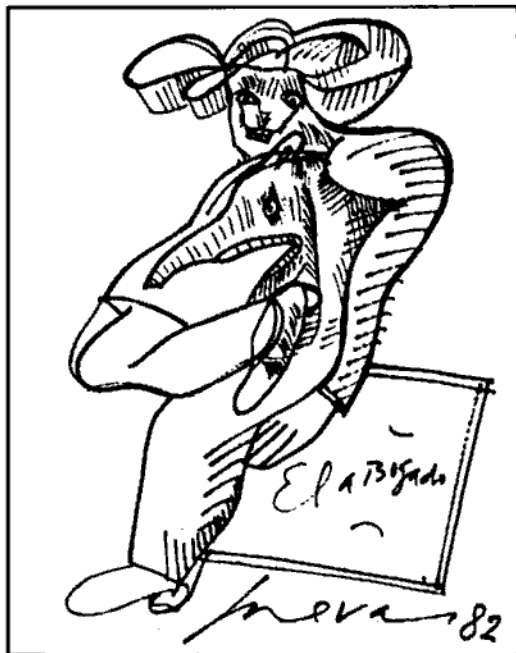
Al comienzo, los revolucionarios están unidos por una fraternidad en la que todavía la búsqueda del poder y la lucha de los intereses y las personas son indistinguibles de la pasión justiciera. Es una fraternidad regida por un absoluto pero que necesita además, para realizarse como totalidad, afirmarse frente al exterior. Así nace el otro, que no es simplemente el adversario político que profesa opiniones distintas a las nuestras: el otro es el enemigo de lo absoluto, el enemigo absoluto. Hay que exterminarlo.

En *Corriente afterno* (1967), Paz cifraba aún cierta esperanza en un cambio en el interior de la URSS: "Creo en el espíritu del pueblo ruso casi como en una revelación religiosa. . . por fortuna para ellos y para nosotros Moscú no es Roma". En *Tiempo nublado*, luego de Praga, el Gulag, Afganistán y, sobre todo, Polonia, piensa que Moscú, para desgracia nuestra y del pueblo ruso, sí es Roma, una nueva y más intolerante Roma católica. Más allá de la profunda justificación de su crítica, ¿Hasta qué grado acierta Paz en su visión interna de la URSS? ¿Qué tan exacta es su idea sobre el designio imperial ruso?

No faltan soviétólogos occidentales que llegan al extremo de hablar de "pluralismo" en la URSS. Son los Chamberlain intelectuales. Llevan la asepsia científica a extremos de ingenuidad. Pero en México hay quien llega más lejos. La discusión de Paz en torno a la naturaleza histórica de la URSS debería servir para desterrar un mito que por desgracia prospera aún en este país, donde —según Henri Lefebvre— habitan los últimos y más puros estalinistas del siglo: el mito de la URSS como un Estado socialista o al menos obrero. Por otra parte, las contradicciones económicas que señala Paz son conocidas: ni Breznev las ocultaba. Los países satélites —Hungria antes que todos— avanzan hacia cierta privatización en algunas áreas de la economía. La descentralización y la "renovación moral" auspiciadas un tanto débil e infructuosamente por Adropov y congeladas por el juvenil Chernenko, prueban el peligro de esclerosis.

Su apreciación sobre el polvorín de los nacionalismos es igualmente plausible: el siglo XX ha sido la era de las insurgencias nacionalistas más que clasistas. Con todo, en la práctica el Estado burocrático ruso ha manejado con pinzas maquiavélicas la cuestión. Los ucranianos, por ejemplo, como otras nacionalidades, hablan su propia lengua, conservan sus propias fronteras, mantienen algunas de sus antiguas costumbres culturales y tienen su propia caricatura de parlamento. Nada garantiza a Moscú la paz perpetua, pero es un hecho que en la URSS no hay nada parecido al Eta o al IRA. La explicación radica, claro, en la eficacia omnipresente y represiva del *big brother*, pero el calculado federalismo juega también un papel. La minoría totalmente oprimida sigue siendo, como en la época zarista, la judía.

Paz menciona otras contradicciones no menos profundas: el dogmatismo estatal frente al total descrédito ideológico del marxismo, la enrarecida escolástica de la academia frente a la occidentalización de la juventud. Ambas son mutaciones de largo alcance en la mentalidad rusa que tarde o temprano se traducirán en cambios de estilo o de fondo en el aparato. Pero estos y otros factores de conflicto que se desprenden con claridad de la lectura de Paz pueden ocultar la vertiente orwelliana de estabilidad que también existe en la URSS. El despotismo internalizado. Tres datos: los obreros rusos no se solidarizaron, ni siquiera levemente, con "Solidaridad"; los intelectuales son, por lo general, confor-



mistas; y, por inaudito que parezca, en algunos sectores del pueblo ha renacido el culto a Stalin.

Cualquiera que sea la gravedad de las contradicciones internas, la salida natural ha sido y será, como señala Paz, buscar válvulas de escape al exterior. Esta tendencia y la militarización del Estado empalman de maravilla con la historia rusa, la reciente y la remota. Paz recuerda sus rasgos específicos: paneslavismo, nacionalismo acendrado, vocación imperial. Le faltó quizá agregar un elemento: paranoia, incluso la justificada paranoia: de Napoleón a Hitler no todos los vecinos de Rusia han sido siempre —como lo es, dolorosamente, Polonia y lo son los países de la "Europa secuestrada" — geopolíticamente inocentes. "Occidente secuestrado" el designio exterior soviético y quizá lo intensifica. Tampoco, por supuesto, lo justifica. Donde las opiniones varían es en sus consecuencias para la diplomacia.

Hay quien piensa que si la agresividad rusa fuese producto de la paranoia y la inseguridad más que de un impulso ideológico paneslavo o leninista, la política exterior norteamericana estaría exacerbando esos motivos y haciendo el juego a la línea dura dentro del monolito ruso: el ejército. Quienes sostienen esta línea chamberlainiana recuerdan los dulces años de la *détente*; quienes lo impugnan no olvidan la debilidad del pastor Carter y el desastre en Afganistán. Mientras los delfines Gorbachev o Romanov —y el delfín Hart— ascienden al trono, la moneda está en el aire con su cargamento de misiles. ¿La vocación imperial rusa llegará a los extremos del reino milenarista que soñó y buscó Hitler? Paz lo cree, a mi juicio con razón. Paranoia o no, la única forma de negociar con la URSS es —por lo menos— desde la paridad de fuerzas.

Con todo, una cosa es la vocación que se desprende de la ideología y otra la conducta real. En Chile, durante el régi-

men de Allende, la URSS no movió un dedo. Desde entonces, a pesar de Afganistán, la URSS ha sufrido varios reveses, sobre todo en África: primero Egipto y ahora, cada vez más, Angola, Mozambique y Etiopía. El comunismo soviético se ha vuelto un mal producto de exportación: no aporta dinero ni eficacia técnica, aporta armas y hombres armados —por lo general cubanos. Muchos países del Tercer Mundo prefieren lo primero y la URSS simplemente no puede dárlo. A raíz de sus problemas económicos ha optado por concentrar el 90% de su ayuda material (6.8 billones de dólares en 1982) en tres satélites incondicionales: Vietnam, Mongolia y Cuba. En suma, la realidad material y política dicta el avance o retroceso de la URSS tanto o más que la ideología. Ni una ni otra presagian un cielo despejado.

Pero además de la política y la historia está la moral. Octavio Paz es el precursor en México de una crítica que ahora practican incluso algunos súbitos desestalinistas. Fue, junto con Revueltas, la primera voz mexicana en la tradición de escritores que —desde una perspectiva liberal o socialista— han denunciado el fenómeno central de nuestro siglo: el totalitarismo. Lista interminable y creciente: Serge, Cilinga, Souvarin, Camus, Arendt, Breton, Gide, Papaioannou, Orwell, Aron, Koestler, Kolakowski, Djilas, Silone, Howe, Bell, Caludin, Semprún. El esfuerzo de Paz, como el de Vargas Llosa, tiene un mérito particular: supone un alto costo de impopularidad, porque para el público lector universitario en México y en Perú, igual que en otros países del Tercer Mundo, el marxismo conserva aún, en sus muchas variantes, sus viejos prestigios mesiánicos. A despecho de la experiencia totalitaria del Siglo XX, y como si fuese la detentadora —rentista— única de la verdad, la justicia y la historia, una parte de nuestra izquierda tiende a cobrar dividendos morales. Sin negar la semilla libertaria del marxismo, Paz ha sido el primero en negarse a pagarlos.

El mayor acierto en su caracterización de la izquierda latinoamericana es, a mi juicio, el empleo de categorías extraídas de la historia y la sociología religiosa. Para cualquier demócrata la política es una pasión, para un cruzado es una religión, una religión de inquisidores. En Latinoamérica los cruzados pueden incluso reprobar la experiencia soviética pero siguen creyendo que, llegada su oportunidad, ellos sí sabrán construir el mundo feliz que el marxismo nos tiene prometido. Paz ha visto ya esa película. Son las mismas esperanzas que abrigó su generación sólo que manchadas definitivamente por una historia de dolor, opresión, miseria y millones de vidas humanas. Negarse a ver estos hechos y a rehacer, a partir de ellos, su ideología política, es, en efecto, el pecado mayor de los partidos comunistas —salvo, quizá, el italiano— y de muchos —no todos, por fortuna— de nuestros intelectuales. Frente a esta petrificación intelectual y moral, la crítica de Paz es impecable: si la tragedia de Polonia no provocó una revolución democrática en el interior de la izquierda latinoamericana, nada lo hará. A estas alturas era tiempo de que los creyentes aplicaran al nuevo Leviatán la famosa frase de Marx sobre el capital: "Viene chorreando sangre y lodo por todos los poros, de los pies a la cabeza". Sobre todo por la cabeza, tratándose de intelectuales.

Nueva decadencia de Occidente

Han sido precisamente los nuevos inquisidores —que confunden los argumentos con los adjetivos— quienes des-

prenden de la crítica de Paz a la URSS una adhesión al otro imperio. En *Tiempo nublado* los Estados Unidos no son un sol, ni siquiera un trozo de cielo claro: son la otra gran nube, aunque globalmente menos densa y ominosa que la soviética. Es un error —escribe Paz— "equiparar la política exterior de Estados Unidos con la URSS como si se tratase de monstruos gemelos". Con todos sus errores y fallas, los Estados Unidos buscan más una hegemonía (dominio económico) que un sometimiento imperial y directo sobre pueblos y territorios. Puertas adentro, además, "han preservado... las libertades fundamentales":

No se trata de defender ni al capitalismo ni al imperialismo sino a unas formas políticas de libertad y democracia que subsisten todavía en Occidente.

Porque *Tiempo nublado*, en efecto, no defiende al capitalismo ni al imperialismo. Si algo ha preservado Paz de su matriz socialista y su identidad mexicana es la negación del capitalismo como solución y su oposición histórica al imperialismo norteamericano. En *Tiempo nublado* su crítica va más lejos. Para Paz, no sólo Estados Unidos sino Europa, están en una encrucijada moral, mortal: les falta temple histórico. Si en la URSS peca el régimen político, en Occidente peca la sociedad. Los rasgos que describe Paz recuerdan en algunos momentos pasajes de Gibbon; en otros, prédicas de Soljenitzin: vacío de fe, nihilismo superficial, resignación, dimisión, caída de tensión vital, glotonería, abandono, abdicación moral, chabacanería, placer al servicio del comercio, frivolidad, degradación del erotismo, renacimiento de las supersticiones. "Se viven ahora más años —escribe Paz— pero son años huecos, vacíos." Su crítica tiene, a un tiempo, ecos de Eliot y nostalgias socialistas: ascos, rechazos, desprecios. Al leerlo, se comprende mejor su entusiasmo por la chispa libertaria del 68.

El ansancio de Europa es un viejo tema. Europa es más rica y tolerante pero ¿para qué?. La placidez del trabajo y el consumo se traducen en un repliegue vital, una pasividad ante el futuro y ante el vecino soviético. No hay más líderes como Churchill y De Gaulle en el horizonte. El dictamen de Paz se confirma por varias vías: el pacifismo (*better red than dead*), la astenia económica y tecnológica europea frente a Estados Unidos y Japón y la obsesión antimalthusiana de ciertos países europeos, en especial Alemania y Francia: demográficamente, Europa es cada vez menos europea.

Sin embargo, *Paris sera toujours Paris*. Paz lo cree. Sus valores fundamentales son producto de la imaginación europea y si critica a Europa lo hace justamente en nombre de ellos. Europa está cansada pero no perdida. Los Estados Unidos son otra cosa. Nuestros problemas de comunicación con ellos son parecidos a los que sufren sus aliados europeos. Aquí, la intuición psico-histórica de Paz da en el blanco: los Estados Unidos siguen siendo, como en su origen, "Fortress America":

Si pudiesen, los norteamericanos se encerrarían en su país y le darían la espalda al mundo, salvo para comerciar con él y visitarlo. La utopía norteamericana —en la que abundan, como en todas las utopías, muchos rasgos monstruosos— es la mezcla de tres sueños: el del asceta, el del mercader y el del explorador. Tres individualistas. De ahí el desgarro que muestran cuando tienen que enfrentarse al mundo exterior, su incapacidad para comprenderlo y su impericia para ma-

nejarlo. Son un imperio, están rodeados de naciones que son sus aliados y de otras que quieren destruirlos, pero ellos quisieran estar solos: el mundo exterior es el mal, la historia es la perdición.

Si el mundo exterior es el mal y ellos nacieron en estado de "pureza histórica" los norteamericanos oscilan entre dos actitudes extremas: cerrarse al mundo o intervenir violentamente en él para cambiarlo. No hace mucho la revista inglesa *The Economist* publicaba un editorial que parecía calzado de *Tiempo nublado*. Ambas actitudes, decía, el aislacionismo y el intervencionismo, se basan en un "moralismo" que se aviene mal con la tradición europea en las relaciones internacionales:

Los europeos han vivido por siglos en el mismo continente y saben que no pueden subsistir ignorándose o tratando de cambiar drásticamente el uno al otro. Cada país tiene sus intereses. El propósito de la política exterior es hacerlos compatibles. Las cualidades que se requieren son acomodo, ajuste, compromiso.

Justamente las que les faltan a los norteamericanos. Los europeos no han pretendido resolver de raíz o ignorar los problemas: su intención ha sido *aliviarlos*. Ayunos de imaginación y experiencia, los norteamericanos "sustituyen la visión histórica por el juicio moral" oscilando entre dos extremos de la imprudencia: la ingenuidad del Reverendo Carter y la paranoia del Ayatollah Reagan. El resultado está a la vista en Asia y en Latinoamérica: una estela de odio y problemas no resueltos. La realidad no es dócil a la moralina norteamericana. Su presencia en el mundo, escribe Paz con razón, es sinónimo de incompreensión, insensibilidad e "incapacidad de orientarse en la historia".

Pero está la otra cara de los Estados Unidos. Paz no teme mencionarla. Su actitud es congruente con la premisa fundamental del libro: el mal mayor del siglo es el totalitarismo y sólo Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, podrá enfrentarlo. Por desgracia, recuerda Paz recordando a Tocqueville, la democracia tiene, en ese sentido, sus inconvenientes: "es claro que la política de una gran potencia no puede estar supeditada a los cambiantes y divergentes intereses de distintos grupos". Así, frente a la nueva Roma y sus centuriones militares e ideológicos, los Estados Unidos parecen doblemente débiles: los lastra su sonambulismo histórico y los limita, paradójicamente, la falta de un poder central.

Junto a los tres sueños individualistas de la utopía norteamericana —el asceta, el mercader y el explorador— sobran ya quienes reclaman a Paz su falta de insistencia en el cuarto: el explotador. En términos globales Estados Unidos se ha aferrado muchas veces al mito de "Fortress America" pero no en el ámbito americano: desde mediados del siglo pasado los mexicanos y centroamericanos padecemos los embates del "destino manifiesto". Paz no esquiva estos hechos. Los subraya en los ensayos finales de *Tiempo nublado*, pero su propósito no es la denuncia sino el conocimiento de la historia norteamericana con fines de diálogo.

Diálogo entre la moral y la historia. Diálogo, no supeditación de una a la otra. La edad moderna ha perpetrado muchos crímenes desde justificaciones históricas o a partir de falsas armonías entre moral e historia. No siempre es

inconveniente juzgar las situaciones sin atender a la historia, aplicándoles sólo un criterio moral estricto. Muchos años antes de Freud, Madame de Staël escribió: "El que todo lo comprende todo lo perdona". ¿Qué forma de diálogo entre historia y moral conviene a nuestras naciones? Es la gran pregunta. No podemos renunciar a la historia que, en el caso de Centroamérica y México, no es otra que la de una permanente y cuidadosa exacción: el lugar más desafiante y explotable del mapa, "los banana countries", vasta región de gente oscura e inferior. Esta dignidad herida explica a Cuba, Nicaragua y El Salvador mucho más que las desigualdades sociales en esos países. Pero sería inútil y costoso fincar nuestra existencia en el recuerdo obsesivo de los abusos yanquis. A pesar de su sordera y de que sus métodos han cambiado poco desde los tiempos del "Big Stick", estamos —como escribe Paz— condenados al diálogo. Hay que señalarles las llagas que nos ha dejado su historia pero no con el objeto de perpetuar indulgentemente nuestra pasividad, nuestro papel de víctimas, sino como una raíz para el diálogo.

Este será un mérito más de *Tiempo nublado* cuando sea traducido al inglés. Paz acude a la historia como ejercicio de simpatía y crítica, no como contabilidad del resentimiento. Y tiene cosas importantes que decirles:

Los norteamericanos tienen que aprender a oír *otra* lengua, el lenguaje enterrado. . . aquella sabiduría que han olvidado las democracias modernas pero que los griegos no olvidaron sino cuando, cansados, se olvidaron de sí mismos: la dimensión trágica del hombre.

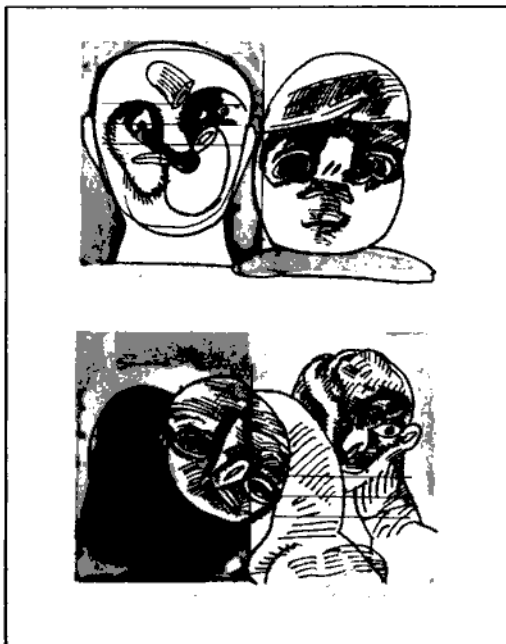
¿Podrán aprenderlo? Si lo balbucearan hallarían tonos y temas imaginativos, efectivos y generosos para acercarse al polvorín centroamericano. No lo intentan siquiera porque conservan, como apunta Paz, los rasgos autistas de su fundación. Y por otro motivo: ellos también "vienen chorreando sangre y lodo por todos los poros". Menos sangre y menos lodo: los lava, un poco, su democracia.

Leders* de utopía

Más allá de los densos nubarrones de los imperios y las hegemonías, al oriente de los mapas y la historia hay espacios de claridad. La tradición judeo-cristiana y el eurocentrismo bloquearon por siglos el reconocimiento de civilizaciones más antiguas y más sabias. Hoy, en una hora oscura de Occidente, voltear al Este puede ser, más que un acto de sensatez, uno de supervivencia.

La novedad del Oriente comenzó por Japón. La apertura a Occidente no ha destruido hasta la fecha su cultura tradicional. Los japoneses, todos lo sabemos, han tenido el genio de la imitación creativa: sus ideas, sus técnicas, su religión, sus instituciones provinieron del extranjero —en particular de China— pero los japoneses las adaptaron con naturalidad y pertinencia. Y lo que ayer hicieron con China lo han hecho hoy con Estados Unidos. ¿Cómo no ver en esa inteligente transición a la modernidad dentro de la democracia una lección para Latinoamérica?

La China de Mao pertenece, en apariencia, una doble negación: la de su propio confucianismo y la de Occidente. En el fondo, el cambio sobrevino impregnado de tradicionalismo. Paz dedica páginas deslumbrantes a los ecos históricos de la China comunista: Mao es Shi huan ti, los turbantes amari-



llos del Siglo II se asemejan a los guardias rojos, los mandarines recuerdan a la nueva burocracia. Paz no ignora los costos humanos de la Revolución Cultural, pero su visión de Mao no es enteramente negativa: "Su programa —escribe— era una fantasía cruel". Pero una fantasía al fin. Ahora mismo, en busca de las cuatro modernizaciones, China parece confirmar su "genio pragmático, imaginativo, flexible y nada dogmático". Es la profundidad histórica lo que, con plena razón, hechiza a Paz. De su propio país, heredero de una historia no menos compleja y profunda, quisiera repetir seguramente lo que piensa de China: "Mi amor y mi admiración por el pensamiento, la poesía y el arte de ese país son más fuertes que mi escepticismo".

La revolución iraní lo sedujo, al menos en un principio. Era la comprobación histórica de su antiguo ensayo sobre la revuelta, la revolución y la rebelión. Era la resurrección de lo divino, un movimiento de las entrañas históricas que quizá removió en Paz sus propias entrañas zapatistas: "ambiguo portento, pues las religiones son lo que las lenguas eran para Esopo: lo mejor y lo peor que han inventado los hombres. Nos han dado al Buda y a San Francisco de Asís; también a Torquemada y a los sacerdotes de Huitzilopochtli". Después del episodio de los rehenes, del terror y la guerra contra Irak, Paz ha perdido el breve encanto: "la abnegación, de nuevo, al servicio de una perversión". Su excelente descripción histórica de la propensión suicida en el Chifismo mueve a la comprensión, no a la absolución. En el caso iraní, como en otros, la historia no avala a la moral. No hay concepto más peligroso que el de "derechos históricos".

Y claro, está la India, ese jardín en la poesía y la vida de Paz. En el Irán monoteísta la civilización europea se detuvo en una petrificación. En la India —plural y politeísta— ocurrió lo contrario: una recreación. La India representa,

para Paz, el crisol de Oriente y Occidente: no el lugar histórico de la felicidad sino de algo más importante: la autenticidad y profundidad humanas. En *Tiempo nublado* apenas se menciona a las personas —tal es el poder de las ideologías, los intereses, las civilizaciones, las fuerzas impersonales— pero el libro tiene un héroe: Gandhi:

El movimiento de Gandhi, que fue a un tiempo espiritual y político, ha sido una de las grandes novedades históricas del Siglo XX. . . la acción política de Gandhi es inseparable de sus ideas religiosas. En ellas encontramos una impresionante combinación de elementos hindúes y europeos. El fundamento fue el espiritualismo hindú. . . el cristianismo tolstoiiano y el socialismo fabiano. . . fue un verdadero *sanyasi* y en su autobiografía dice: "lo que he buscado y busco es ver a Dios cara a cara"; sin embargo, buscó a Dios no en la soledad de la cueva del ermitaño escondido del mundo sino entre las multitudes y en las discusiones políticas. Buscó a lo absoluto en lo relativo, a Dios entre los hombres. Unió así la tradición hindú con la cristiana.

A los dos grandes logros políticos de la India moderna que menciona Paz —la preservación del Estado Nacional y el mantenimiento de la democracia— podría agregar recientemente una cierta prosperidad financiera y agrícola. El pueblo de Buda y Gandhi vive a años luz del fanatismo ideológico y del hedonismo material, y ha sabido adaptar la mejor tradición política de Occidente a su genio particular. No es casual que hablando de la India Paz revele el núcleo de sus convicciones sobre nuestro tiempo:

El gandhismo es una semilla de salvación, como la tradición libertaria. La suerte de ambas está ligada a la de la democracia.

Se diría que para Paz la profundidad histórica de Oriente es garantía si no de modernidad política, al menos sí de prudencia y autenticidad. Tiempo antiguo, tiempo despejado. Civilizaciones que no "han olvidado aquella vieja sabiduría: la dimensión trágica del hombre".

El rincón del diablo

Nubes altas y bajas, zonas permanentemente grises, espacios de claridad: nuestro tiempo. ¿Pero cuál es la forma del tiempo latinoamericano? En la costa atlántica de México hay una expresión para designar el lugar de los presagios, un punto casi negro en el horizonte donde las nubes se repliegan y concentran antes de la tempestad: el rincón del diablo. Paz y sus lectores vivimos en él.

Fuera del riesgo de una guerra atómica que acabaría con treinta mil años de tiempo humano, Paz piensa que el mundo socialista y el occidental —petrificación y decadencia— están presos en un movimiento de larga duración: no cambiarán en el futuro cercano. Las viejas civilizaciones de Oriente que en el Siglo XIX resistieron a los mercaderes coloniales y en el Siglo XX a los centuriones ideológicos, cambiarán aún menos o, fieles a sí mismas, cambiarán lentamente. A diferencia de ellas, Latinoamérica podría cambiar —está cambiando ya— de un modo dramático y, lo que es más grave, en algunos lugares, infiel a ella misma.

Nutrido por el antiguo resentimiento contra el yanqui, el manto del nuevo oscurantismo la asedia de mil formas: la

guerrilla rural y urbana es sólo una de ellas, limitada por ahora a Centroamérica, Colombia y Perú. Otras, como el adoctrinamiento en las universidades, parecen extraídas de aquellas páginas de Gibbon sobre el triunfo del cristianismo en tiempos de Constantino: el mismo "celo de intolerancia que sutilmente se insinúa" sobre el cuerpo social, adormeciéndolo, restándole el sentido de la libertad.

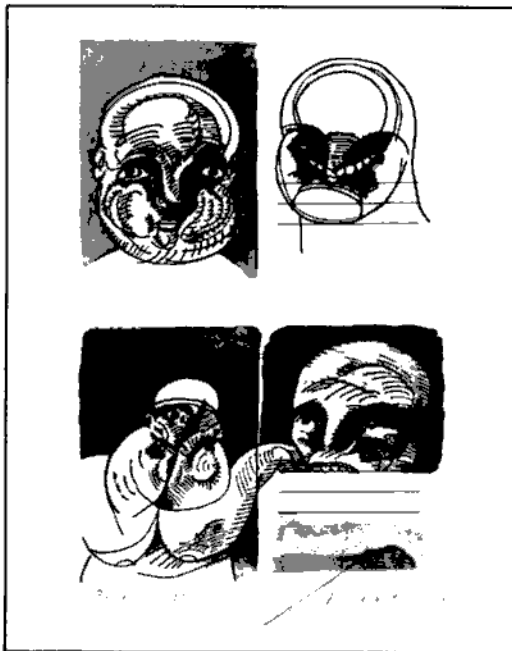
Quienes podrían detener su avance hacen lo contrario: lo propician. Los Estados Unidos, supuestos herederos de la tradición libertaria, nos oprimen comercialmente y tienen una visión racista y miope de la región. Nos comprenden tanto como comprendían a los apaches. El "traspatio". Con la pequeña diferencia de que el "traspatio" tiene el tamaño de la civilización occidental en su vertiente latinoamericana, más viva y actuante de lo que los norteamericanos, "in their wildest dreams", alcanzan a entrever. Al alejarse la posibilidad de una conciliación histórica con Estados Unidos ¿hacia dónde voltear?

En la obra de Paz hay respuestas. Voltear primero hacia nosotros mismos, entender nuestro desencuentro con la modernidad para así, en lo que sea pertinente, entroncar de un modo propio con ella. Esquivar la tentación totalitaria y el hedonismo material. Adaptar —adoptar— la modernidad, como los orientales, a nuestro genio peculiar y hacerlo además sin coerción. Este entronque de nuestra historia con los valores de la libertad política y la democracia, no será fácil. *Tiempo nublado* incluye vastos catálogos de nuestra antimodernidad política desde la Colonia —y aún antes— hasta nuestros días: teocracias indígenas, herencia hispanoárabe, sociedades jerárquicas y cerradas, decadencia intelectual, ahogo de la crítica, espíritu neotomista, contrarreformista, disgregación geopolítica, caudillismo, inestabilidad, militarismo, patrimonialismo, tiranos con y sin banderas, y propiciando este desgarramiento histórico, frotándose las manos, el Tío Sam. Con todo, escribe Paz, las desventuras de Latinoamérica "no han empañado la legitimidad democrática en la conciencia de nuestros pueblos".

Tiene razón. Aún los dictadores del Siglo XIX invocaban a la democracia. Las revoluciones de independencia y las influencias de Rousseau habían dejado una huella muy clara: la soberanía reside en el pueblo. Esta tradición no negaba por entero a la cultura política hispana: en cierta forma, a pesar de los rasgos autoritarios de la Colonia, la continuaba. Y aunque ninguna de estas corrientes hubiese sido "democrática" en el sentido anglosajón del término, suponían, de todas formas, un espíritu democrático: la apelación o la sanción última del pueblo. Por otra parte, las ideas e instituciones políticas propiamente anglosajonas penetraron también más de lo que se admite en nuestras culturas y no sólo en las capas superiores. La democracia, en suma, era "una suerte de acta de bautismo histórico de nuestros países".

Cuba —explica Paz— cambió las reglas del bautismo por las de otra legitimidad: la legitimidad revolucionaria. Ahora en Cuba, y quizá mañana en Nicaragua y en otros países de la región, gobierna en régimen totalitario no muy distinto a su matriz bolchevique: dueño de la historia, la verdad, la moral, la economía y, sobre todo, la libertad de los hombres. Que los hombres quieran o no esa libertad no quita un adarme al carácter totalitario del régimen de Castro, ni resta validez a la tesis de Paz sobre la mutación de legitimidad.

Para Paz, la democracia es el último baluarte de Latinoa-



mérica. "El cambio sin democracia conduce a la opresión". Sabe que la historia de estos países reclama la observancia de esa forma política universal. El resurgimiento democrático en Argentina que tarde o temprano arrastrará a Chile y Uruguay, es un hilo de luz en el rincón del diablo y abre —como escribió Paz, premonitoriamente— "coyunturas para una acción democrática continental". La democracia no es el fin último ni único del hombre, pero en *nuestro* tiempo nublado es probablemente el que con mayor urgencia debemos defender. Una vez perdido no habrá marcha atrás.

La democracia es el baluarte final de Octavio Paz; pero no la estación que su antigua fé presagiaba. A la democracia volvió por una obstinada serie de desencantos. En el inicio, como su generación y su época, Paz descreyó de toda labor fragmentaria de mejoramiento social. Su sueño era más ambicioso: la liberación del hombre. Con el tiempo, antes que la mayoría de su generación y su época, comprendió que la Revolución Bolchevique se había petrificado, pero no por ello condescendió al escepticismo sino que transfirió su fe a otros posibles agentes de liberación: las revoluciones periféricas, las revueltas nacionalistas y antiperimperialistas, el papel de Europa como palanca del Tercer Mundo, una América Latina que recobrara su rostro histórico y la marcha de su propio país, México, hacia el desarrollo pleno. Todas estas creencias se desmoronaron vertiginosamente. Ya en la segunda edición de *El laberinto de la Soledad* (1959) se conocía el derrumbe general de la Razón y la Fé, de Dios y la Utopía: los hombres solo compartíamos la intemperie. Años después, las revueltas y revoluciones condujeron a cesarismos y dictaduras burocráticas, Europa entró en un crepúsculo histórico, América Latina en un nuevo ciclo de postración y México, sin alcanzar el desarrollo, en una profunda crisis política y moral. Trampas de la fé.

1968 lo salvó del escepticismo político. En ningún otro país aquella rebelión generalizada culminó en un sacrificio cuyas reverberaciones alcanzarán seguramente al Siglo XXI. Aunque no lo presenció, para Paz el 68 fue igualmente axial: poco tiempo después de renunciar a la Embajada en la India escribe *Posdata*, donde el mexicano "ya no es una esencia sino una historia" y donde las palabras claves —voces y pancartas del 68— ya no son teológicas sino terrenales: crítica y democracia. En términos políticos, gracias al 68 Octavio Paz encontró el sinónimo humilde y humano de la palabra liberación: libertad.

De allí a su reencuentro con el liberalismo político del Siglo XIX no habla más que un paso. Al cabo de cuatro décadas, después de un triple viaje por las ideologías religiosas del Siglo XIX, los extremos del materialismo occidental y la quietud histórica del Oriente, Paz regresó a México con

una cierta misión. Resistir —como filósofo pagano del Siglo III— la "nueva omnisciencia revolucionaria", la nueva Iglesia; criticar el vacío del mundo occidental, sobre todo del norteamericano; y, aprovechar, en fin, la lección del Oriente: oír la voz de la profundidad propia y acatarla. Aquellas tres experiencias, aquellas tres búsquedas se han disuelto-resuelto en las viejas estructuras originales de un liberalismo conseguido por el zapatismo: negar la opresión para afirmar la identidad. Sólo un invento europeo permite, por momentos, esa difícil conjunción: la democracia.

La "historia es el error", escribió Paz en 1973, pero siguió creyendo en la libertad individual, la identidad nacional y la democracia. Diez años más tarde, la verdad —y la poesía— aconsejan intercalar en aquel verso, tímidamente, una palabra: casi.

